

Editorial

Familia y drogas: una reflexión desde la psicología social

JAVIER PONS DÍEZ

Ocurre en ocasiones que la evolución de una línea de investigación científica parece acercarse a un punto de inflexión, diríase histórico, debido al agotamiento de materiales y propuestas que los hombres de ciencia pueden ofrecer para el progreso del conjunto de la sociedad. La constante revisitación de lugares comunes deviene necesariamente excesiva cuando dejamos de sentir curiosidad científica por aquellas cuestiones que ya nos han explicado de manera suficientemente correcta como para dejar fe de nuestra creencia en determinadas premisas. Es en ese momento cuando la voluntad de explicar, comprender y controlar los fenómenos sociales o naturales, nos hace ir más allá de las premisas dadas, y sugerir o proponer -en la medida de las posibilidades de cada cual- modelos alternativos de trabajo.

En el caso del tema que genéricamente hemos convenido en llamar «prevención del consumo de drogas», la investigación desarrollada desde distintas áreas disciplinares -Medicina, Psicología, Psicología Social, Sociología, Pedagogía, Trabajo Social,...- ha insistido frecuentemente en la visitación de, al menos, tres de aquellos lugares comunes: a) la descripción de pautas de consumo; b) el establecimiento, no siempre con buen criterio metodológico, de relaciones entre el consumo de tóxicos y alguna o algunas variables de muy diversa índole -personalidad, actitudes, consumo en grupos de influencia,...- tomadas de manera excesivamente aislada y sin demasiada visión de profundidad; y c) propuestas preventivas basadas en artificios metodológicos puntuales, centrados casi exclusivamente sobre el niño o adolescente.

Las indudables aportaciones de muchos de estos trabajos quedan fuera de toda duda, por lo que no será necesario que justifiquemos nuestra consideración hacia ellos. Sin embargo, las carencias apuntadas, no por los trabajos ni por sus autores, sino por la propia limitación de los temas, han comenzado a levantar conciencias que propugnan un cam-

bio significativo en los esquemas de trabajo. Así, frente a la investigación básica basada en los aspectos epidemiológicos, aumentan los estudios acerca de factores de riesgo; frente a la contemplación hipotética de relaciones entre variables aisladamente tomadas y de obvia predicción de resultados (ej.: actitudes-consumo), se comienza a vincular el consumo de drogas a constelaciones más amplias de variables; y frente a los artificios específicos como modelo preventivo, se proponen acciones inespecíficas integradas en procesos socioeducativos de mayor profundidad.

Aquí, la familia, como contexto socializador primario del individuo, es el elemento central sobre el que gira cualquier tipo de tentativa científica -explicativa o interventiva- implementada sobre los tres criterios que acabamos de mencionar. Por un lado, las influencias derivadas del sistema familiar en el desencadenamiento de conductas de consumo y abuso y/o adicción, son demasiado evidentes como para dejar de tenerlas en cuenta en el desarrollo de estudios sobre factores predisponentes. Por otra parte, las distintas variables que, mediante el uso de métodos de investigación adecuados, puedan integrarse en un modelo explicativo del abuso de tóxicos, quedan a su vez interconectadas bajo amplio alcance de las influencias familiares; de este modo, y obviando -que no infravalorando- los factores genéticos, los procesos de socialización familiar destacan su importancia al valorar la génesis de predisponentes tales como las actitudes, la personalidad, el autoconcepto, los valores, las influencias de los *mass media*, etc. Finalmente, no es menos cierto que los programas de prevención primaria no pueden escapar de su inmersión dentro del proceso de socialización familiar, pues ese y no otro, es su hábitat natural.

Concretizando las reflexiones anteriores, sugeriremos unas ideas al respecto que, a nuestro juicio, y al menos desde nuestra sesgada visión disciplinar, deben guiar la

investigación y la acción preventiva.

La familia como fuente de variables predisponentes

El sistema familiar juega un papel decisivo en la etiología de los problemas de abuso de sustancias, al menos por dos motivos: por el efecto de facilitación e imitación en el inicio del consumo, y por las consecuencias de un ambiente familiar, percibido como desfavorable desde la perspectiva del hijo/a.

La conciencia de uso acrítico de determinadas sustancias sociales, especialmente alcohol y tabaco -y también de determinados «medicamentos»- se adquiere en interacción con los progenitores. Posteriormente, el adolescente verificará las «ventajas» sociales del uso de estas sustancias, cuando desarrolle su propia conducta social, en interacción con su grupo de iguales. En cualquier caso, sin restar ni un ápice de importancia a esta última variable, el bagaje de permisividad con que el muchacho llega a su propio grupo, tiene su origen en aquello que ha adquirido en el contexto familiar.

En segundo lugar, el sistema peculiar de relaciones que cada adolescente ha establecido con sus padres a lo largo de todo su proceso de socialización, es una variable decisiva para definir otros factores de profundidad más inmediata como, entre otros, el autoconcepto del muchacho, su estructura de valores, sus estilos de relación social, así como diversas variables de personalidad -locus de control, dependencia, tolerancia a la frustración, estabilidad emocional, etc.-. También será en el contexto relacional del grupo donde el joven ponga en juego las anteriores características, y en función de la menor o mayor posibilidad de ajuste social y personal que éstas le permitan, así será la probabilidad de que inicie o no el consumo de sustancias, o de que verifique o no un consumo abusivo de las mismas.

En definitiva, el inicio del consumo de tóxicos acontece, ciertamente, dentro del grupo de iguales; sin embargo, entendemos que las variables derivadas del sistema familiar van a ser fundamentales para explicar dicha conducta, y decisivas para discriminar aquellos adolescentes que realizan un consumo

moderado, de aquellos que llevarán a cabo un consumo excesivo.

La familia como principal institución «preventora»

Hemos matizado el entrecomillado de esta palabra, puesto que, como principio, hemos de dudar de la existencia de «la prevención del consumo de drogas» como categoría exclusiva por sí misma.

La prevención no es más que una falacia, si no la contemplamos incluida, integrada y diluida -y, en ocasiones, disimulada- dentro del proceso de socialización, muy especialmente como responsabilidad de las aportaciones familiares a este proceso. Queremos con esto remarcar nuestra poca confianza en las propuestas que hemos calificado como artificios específicos, y que tienen su objetivo en la modificación directa de las actitudes, la información o la conducta del adolescente. En el mejor de los casos, este tipo de instrumentos preventivos no han demostrado cambios consistentes, y en ocasiones, el efecto de reactancia y la creación de expectativas de consumo han sido causas explicables de cambios conductuales en la dirección opuesta a la esperada.

Siguiendo las reflexiones que hemos expuesto anteriormente, sugerimos que el punto de mira de este modelo de prevención inespecífica y «silenciosa» sea, no tanto el propio adolescente, cuanto las relaciones que éste establece con los demás miembros de su sistema familiar, especialmente con sus progenitores.

Por otro lado, la educación preventiva, puesto que es en definitiva un epígrafe de la educación integral de la persona, no puede iniciarse en la adolescencia, sino que debe cubrir las diferentes etapas del mencionado proceso socializador familiar. De esta forma habremos, al menos intentado, que a la llegada del adolescente al grupo social que él mismo se ha procurado, los vectores de fuerza que puedan dirigir su conducta hacia un hábito tóxico, hayan sido modificados en el sentido deseado, facilitando así el máximo ajuste social y personal del individuo, que, en definitiva, es el objetivo final de cualquier acción «preventiva».